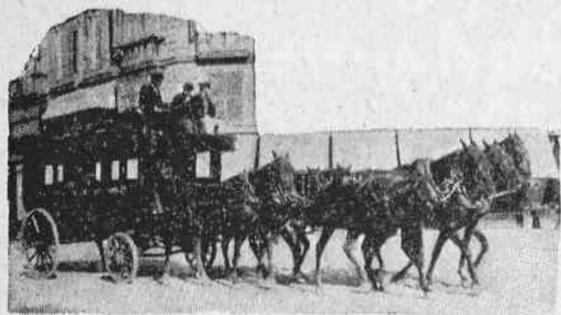
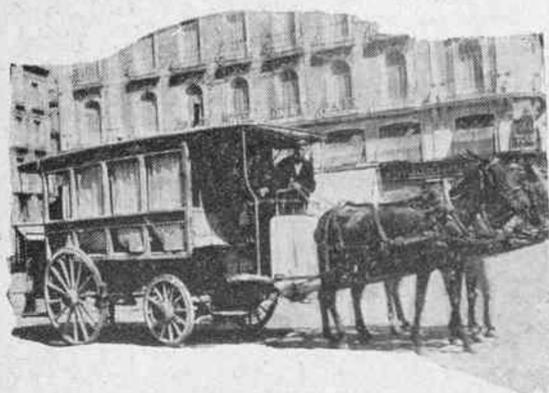


dé el perro «gande pa el coche», soñado con ese puro sueño de la infancia, que es el primero de la vida al despertarse la imaginación. Y la ternura de la nota se acentúa considerando que tales caprichos de la gente menuda dan de comer á una familia humilde, á esa mujer que «ordena» los pasajeros y á ese rucio que los lleva y los trae mansamente.



sin que allá arriba, en el pescante, se envidie la suerte de los que se fueron mientras «haiga salú» y no falte «pa» una copa de vino.

El coche de un establecimiento comercial, manifestación del modernismo mercantil. Aun persiste el fornido rapaz que vino de



la tierra á la tienda y que atraviesa las calles con la cabeza descubierta, y sosteniendo sobre el cráneo el harnero atestado de comestibles; pero las lonjas que se estiman tienen ya su carruaje con dos caballos. Los garbanzos de Fuente-saúco no podían librarse por su contacto con el «foie gras» de Strasburgo de semejante extranjerización característica de la época: la de ir donde quiera en pies ajenos.



que es que desde los tiempos en que llevaba imperial, á la que se subía por la pina escalera de caracol de la puerta trasera, hasta la presente, ha ido evolucionando en su forma hasta adquirir la ligereza y la solidez que posee. Pero el ómnibus era el gas, el vehículo «público» del ayer, en el que comenzaba la humanidad modesta «á tener prisa», un adelanto caro, sin embargo, dos reales, y surgió entonces el tranvía, luz eléctrica de la locomoción, inverosímilmente barato, sin las incomodidades de la trepidación brusca, deslizándose como una seda, metiéndose por todas las calles, concluyendo de ganar la partida á los zapateros del universo mundo, y terminando por ser una necesidad imprescindible en las grandes capitales, y «aínda mais» un recreo. Y pongo por testigo al Madrid que «no sale» á veranear.

pondencia un vehículo de la Dirección. Con sus escuálidas caballerías y su antiestética traza es el arca santa de millones de seres, de todo un pueblo. Al abrir las dos hojas de su puerta trasera se escapan siempre volando muchos desengaños y unas cuantas ilusiones. El carruaje de la Cárcel Modelo, con su galoneado conductor y su pareja de guardias civiles en la plataforma delantera, pasa camino de la Audiencia. Es el modernismo penalista. No hay un criminal en Madrid que no haya usado coche para salir á la calle alguna vez en su vida: al ir al juicio oral.

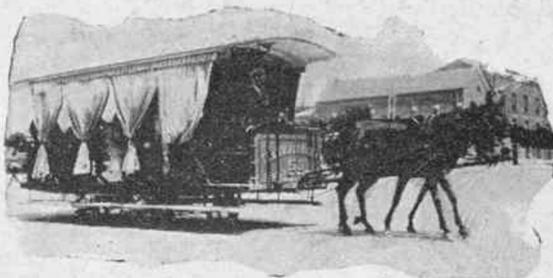
(Fotografías de Asenjo.)

Despacioso, al són de las campanillas del tiro, vuelve de la estación el ómnibus del ferrocarril. Hace poco pasó á escape con su cargamento de viajeros; la dicha va siempre de prisa. Ahora, dejados en el tren los felices, los que parten en busca del mar y del fresco, torna el vehículo que los llevó al chicharrero de la capital.



Que se llamase de este modo ó del otro, ya «ripert», ya Oliva, el ómnibus no es de hoy; existía cuando aparecieron los fósforos de Cascante. Lo

que es que desde los tiempos en que llevaba imperial, á la que se subía por la pina escalera de caracol de la puerta trasera, hasta la presente, ha ido evolucionando en su forma hasta adquirir la ligereza y la solidez que posee. Pero el ómnibus era el gas, el vehículo «público» del ayer, en el que comenzaba la humanidad modesta «á tener prisa», un adelanto caro, sin embargo, dos reales, y surgió entonces el tranvía, luz eléctrica de la locomoción, inverosímilmente barato, sin las incomodidades de la trepidación brusca, deslizándose como una seda, metiéndose por todas las calles, concluyendo de ganar la partida á los zapateros del universo mundo, y terminando por ser una necesidad imprescindible en las grandes capitales, y «aínda mais» un recreo. Y pongo por testigo al Madrid que «no sale» á veranear.



Dos notas muy singulares para concluir. A la puerta del sucio caserón del Correo Central aguarda la correspondencia un vehículo de la Dirección. Con sus escuálidas caballerías y su antiestética traza es el arca santa de millones de seres, de todo un pueblo. Al abrir las dos hojas de su puerta trasera se escapan siempre volando muchos desengaños y unas cuantas ilusiones. El carruaje de la Cárcel Modelo, con su galoneado conductor y su pareja de guardias civiles en la plataforma delantera, pasa camino de la Audiencia. Es el modernismo penalista. No hay un criminal en Madrid que no haya usado coche para salir á la calle alguna vez en su vida: al ir al juicio oral.



ALFONSO PEREZ NIEVA.